



SEMANARIO POPULAR.

PERIODICO PINTORESCO

ADAPTADO A TODOS LOS GUSTOS Y AL ALCANCE DE TODAS LAS CLASES DE LA SOCIEDAD.

Núm. 10.

JUEVES 5 DE MAYO DE 1864.

Los números del año forman un tomo de mas de 400 páginas de abundante lectura y preciosos grabados con una elegante cubierta.

4 CUARTOS EL NÚMERO.

Se publica todos los jueves y se remite á provincias el mismo día.

Se vende en los puntos de suscripcion.

Tomo III.

PRECIO DE SUSCRICION.

MADRID un año 24 rs., seis meses 15.—PROVINCIA un año 26 rs., seis meses 14.—ESTRANJERO, CUBA Y PUERTO-RICO, un año 50 rs.

SUMARIO.

EL PROGRESO, por J. Marin Ordóñez.—EL LEON Y EL ZORRO (cuento), por Augusto Jerez Perchet.—LONDRES, (Conclusion), por B.—EL CASTILLO DE MAGDALO (Continuacion), por E. Perez Escrib.—LA TORRE DE SAN ROMAN.—EL RUISEÑOR (fantasia), por Cecilio Navarro.—TRAGES DE LOS JUDIOS EN ARGEL.—PARA LA CARTEARA DE MI AMIGO DON ENRIQUE MIR HUESO. **—SOBRE GUSTOS, por Carlos Sanchez Palacio.—DELIRIO, por Enrique de Villarroja.—UN SUEÑO, por Juan de la Cruz Rovira.—HISTORIA NATURAL, LA CEBRA Y EL DAU.—EPIGRAMA, por Iglesias.

EL PROGRESO.

No está la humanidad condenada á caminar en un círculo perpétuo, ni á tejer y destejer cual otra Penélope la tela de sus días; se presenta á su vista una escala indefinida cuya última grada se halla enlazada al esplendente trono de la Divinidad. Asi camina incesantemente hácia adelante, subiendo cada día, cada siglo, cada generacion un grado mas en la via de su perfeccionamiento.

El hombre, y como el hombre las sociedades, y como las sociedades la humanidad entera, tienen leyes que cumplir, leyes eternas cual lo es Dios su autor, armónicas cual el ser que diera vida á todas las armonías, sintéticas como la existencia cuya accion omnipotente encierra en su seno la virtud de todo lo criado. Leyes independientes de la voluntad de los hombres, de las continuas evoluciones de las sociedades, de los frecuentes cataclismos de la humanidad: tales son las leyes del mundo moral. El individuo y las sociedades progresan con el cumplimiento de esas leyes, y progresan andando necesariamente al través de dolorosas decepciones; triste prueba de su tremendo poder para apartarse del destino que la Providencia le señalara, y que confirma mas y mas que solo en aquellas tiene su verdadero progreso. Poco importa que un hombre hábil y poderoso, genio sorprendente cuyo fulgor ciega á sus contemporáneos, talla colosal cuya

elevacion domina á su época, haga detenerse por mas ó menos tiempo la marcha regular de las sociedades; no tardará en aparecer en el cuadro de la humanidad otra figura arrogante que, destacando sobre los demas por su belleza real, la arrebatase tras sí, haciéndola reanudar con lo potente de su accion el esplendor de lo presente ó la rica herencia de lo pasado, para surgir de su postracion mas valerosa y pujante; poco importa que un pueblo, que un siglo corten su carrera. ¡Qué es un pueblo comparado con la humanidad entera! ¡Qué es un siglo ante la larga serie de los tiempos!

Inteligente y libre el hombre, hecho por la verdad y para el bien, camina siempre hácia ellos; en ellos solamente encuentra la perfeccion de su ser, el desarrollo armónico de sus aspiraciones y tendencias, la realizacion genuina de la idea del progreso. La humanidad, síntesis la mas absoluta del hombre, tiene tambien en la prosecucion de la verdad y del bien el emporio de su grandeza; solo en ellos halla el cumplimiento de su destino; únicamente la verdad aplaca su anhelante inquietud; solo el bien sacia su tendencia á lo infinito, como solo la verdad llena la inteligencia del hombre, como solo el bien colma el vacio de su voluntad; porque solo la verdad y el bien son el fin de nuestra carrera.

El hombre, los pueblos y la humanidad, al apartarse de sus naturales tendencias, al abismarse en la ignorancia y la depravacion, no progresan, porque la verdadera fórmula del progreso está en la virtud y en la ciencia. ¡Santo dualismo que les engrandece! ¡Palanca misteriosa que les sostiene! Registremos detenidamente las páginas de la Historia, recorramos minuciosamente las evoluciones de los pueblos, los cataclismos de la humanidad; viven mientras la verdad les sostiene con sus lecciones, mientras el bien les anima con su inspiracion. Egipto, Babilonia, Persia y Grecia, antiguas nacionalidades, cuya grandeza asombra á las generaciones presentes, deslum-

bran en su apogeo; pero su ruina y destruccion admiran aun mas que su poder á quien no penetra en su seno, á quien en aquellos fines del saber no se detiene á contemplar sus costumbres, acabadas escuelas de la mas refinada corrupcion, cáncer horroroso que corroe sus virtudes, que amortigua su entusiasmo y que cambia sus ecos de gloria en acentos de adulacion y mentira. Roma despierta aquella pasada grandeza; ecléctica de lo pasado, se enseñorea del mundo; mas arrastrada por sus vicios, que la debilitan y estenuan, es hollada por la dura, pero limpia planta de las razas del Norte.

Leccion provechosa que nos suministra la historia al evocar de sus tumbas á los hombres que antes fueron: al contemplar á las generaciones que pasaron, muestra á los pueblos presentes la impotencia de la ignorancia y del vicio, el fecundo poder de la verdad y del bien. Sublime ejemplo que avisa á las gentes que ahora son de la senda que han de recorrer, si al confundirse en las regiones de la eternidad quieren dejar á las generaciones que les sigan una ráfaga luminosa en el espacio que corrieron, en el tiempo que atravesaron; luz que ilumine sus pasos; monumento de gloria y libertad que honre su recuerdo y le haga grato.

En vano se intentará separar á los pueblos de esas leyes eternas cuya virtud les conduce en su carrera; de esas leyes santas cuyo cumplimiento hace su felicidad y su dicha, cuya infraccion atrae sobre ellas la desolacion mas espantosa. Ved cómo se agitan corriendo presurosamente tras la ciencia, que es la filosofía de la verdad; tras el bien, que es la verdad de la filosofía; y si un instante parecen separados de su mision, apartados de su camino, miradles emprender de nuevo la marcha con mas ardor y entusiasmo. Ved cómo corre el hombre en alas del vapor los mas requemados arenales; cómo penetra en el corazon de las nubes, en las entrañas de los mares; cómo en-

trega su pensamiento á la corriente rápida de un flúido; cómo roba á la naturaleza sus secretos é intenta escalar el alcázar de la Divinidad, morada santa cuyos puertos le abren por fin las puras inspiraciones de la virtud, en cuyo sendero va perfeccionando su ser, y en cuyo término llega á confundirse con lo infinito, que es su destino.

Si al lado de la ciencia va el principio moral; si la moral y el deber sirven de norte á la ciencia, la humanidad quieta y tranquila, irá suavemente deslizándose por las vías del verdadero y único progreso; irá dulcemente corriendo el tiempo de su existencia, y al dejar atrás á las ancianas generaciones, al heredar el rico patrimonio de su saber, abrazará tiernamente sus virtudes, apartando la vista con horror de sus degradantes vicios. ¡Espectáculo bello el que presenta un hombre entregado á tan sublimes inspiraciones! Mirad cómo juguetea con el Universo, porque la razón de los seres todos está en su mente por la ciencia: ved cómo se levanta sobre el fuerte pedestal de su virtud, flotando dichoso en las apacibles regiones de la verdadera libertad. La humanidad le contempla con admiración y entusiasmo, ve en él el tipo de su santa ambición y le sigue como á su guía más seguro; la sociedad le bendice y le escucha respetuosamente cual oráculo infalible de sus destinos.

Por la verdad y por el bien gozan también los pueblos larga vida; porque sabios, pueden adquirir su libertad, que es su ser; porque buenos, pueden conservarla en sus racionales límites, sin dejarse arrastrar de engañosos y seductores atractivos. Verdad y virtud hacen progresar á los pueblos, verdad y virtud buscan incessantemente ellos. Verdad en religión que nos da idea exacta de Dios: verdad en la moral que enseña á todas las clases sus deberes: verdad en la ciencia y en el arte que hace caminar á la humanidad apartándola de las falsas opiniones: verdad en todo, porque la verdad es su alma. Virtud moral, que nos enlaza á todos como hermanos: virtud en todos los actos, que eleva el alma y hace dulce la vida con sus puros y quietos goces.

Verdad y virtud: ¿dónde encontrará el hombre esas delicadas flores para embalsamar su existencia? ¿Dónde hallarán las sociedades esas preciosas joyas que enriquecen su vida? Solo en el seno del cristianismo; ciencia divina, que elevando la inteligencia la santifica; moral pura, que santificando la voluntad la engrandece. La Grecia, el Egipto, la India, esas abuelas del mundo, vieron encanecer sus cabellos y caer, porque no caminaron en alas del verdadero progreso; porque no tuvieron la verdad cristiana, que declarando hermanos á todos los hombres, los hizo iguales ante la virtud y la justicia. Roma, esa hija de las antiguas civilizaciones, ha visto oscurecerse su esplendor porque las ha despreciado. Solo los pueblos presentes están llamados, aprendiendo en los pueblos que pasaron, á enlazar el tiempo con la eternidad, abriendo sus corazones y sus almas á los acentos del cristianismo, porque él es la base fundamental del progreso. En él se encuentra la mas profunda y sabia filosofía, porque enseña al hombre lo que verdaderamente es, le dice su origen, y le descubre su destino; solo él nos da ideas fijas de lo infinito, estableciendo así los ejes poderosos á cuyo alrededor gira cuanto la humana inteligencia puede alcanzar: él es, también la moral mas pura porque predica la caridad mas desprendida.

J. MARIN ORDOÑEZ.

EL LEON Y EL ZORRO.

CUENTO.

Amanecía una hermosa mañana de primavera.

El sol asomaba su dorada cabeza por los oteros de Oriente, y sus benéficos rayos inundaban de pura luz los montes, los prados y los

valles. Las flores despertando de su sueño, abrían sus húmedos cálizos, y los pájaros, saltando entre las ramas de los árboles, saludaban alborozados el nuevo día. En la cumbre de las montañas blanqueaban las nieves con que el invierno marca su paso; y su color de armiño contrastaba con el hermoso verde de los árboles y de las espigas. En caprichosas espirales se elevaban por el espacio pardas columnas de humo, que en la aldea, en las caserías y en las chozas calentaban en el hogar las migas y los torreznos, sencillo alimento de los campesinos.

No lejos de un bosque frondoso había un valle sembrado de flores y árboles frutales y bañado por un arroyo de cristalinas aguas, cuya corriente fugitiva retrataba en su superficie las flores y los árboles.

A la orilla del arroyo dormía apaciblemente un leon, recostado sobre la alfombra de musgo, que cual una enorme sábana, cubría la pradera.

El leon seguía durmiendo, y por eso, sin duda, no oyó un ruido, que confuso al principio y despues mas distinto, se percibía en el monte. Pero vino á anunciárselo un pobre zorro que saltando peñas, barrancos y matorrales huía despavorido hácia el fondo del valle.

En aquel tiempo, lo mismo que hoy, hablaban los animales, por cuya razón no es extraño que fuera murmurando el zorro:

¡Desventurado de mí! Los cazadores se acercan, y si no me doy prisa en escapar, van á sacrificarme inhumanamente. También es mucho cuento que no dejen parar á uno ni en el fondo de los bosques. No basta que vivamos escondidos y alejados del trato social, que hasta á los montes han de venir los hombres á buscarnos.

Así diciendo, corría absorto en sus pensamientos, de que le sacó la vista del leon que aun no había despertado de su letárgico sueño.

—¡Áve María purísima! exclamó el zorro. Este infeliz duerme como un cachorro y va á perecer si no le anuncio el peligro. Pero ¿y si se enfada y me devora porque le despierto? ¡Bah! ¡bah! ¡qué mal juzgo á un animal tan noble y tan generoso! Sin duda agradecerá el beneficio que le hago, y no es posible que con mal pague un bien.

El zorro por lo visto desconocía completamente el mundo y el corazón.

El zorro tocó á la cabeza de la fiera, pero esta no hizo movimiento alguno. Volvió á tocarle con mas fuerza. El leon se estremeció ligeramente, y despertando clavó su mirada en el zorro que bajaba humildemente la suya.

—Señor, se atrevió á decirle. Los cazadores están en el monte, y si usted no huye de aquí van á sorprenderle.

El leon por toda respuesta dió un rugido y abrió la enorme boca, enseñando dos hileras de afilados dientes.

—Señor, insistió el zorro, perdóneme usted si me he atrevido á molestarle, pero temía...

—¡Miserable! véte pronto de mi lado, si no quieres que castigue tu atrevimiento. ¿Quiéres, vil animalejo, para llegar á mí á darme consejos? ¡Pues hombre, me gusta!

—No se enfade usted por tan poca cosa, pero me interesa su vida.

—Vamos, largo de aquí, que se me acaba la paciencia.

—Escuche usted siquiera...

—Menos conversacion.

—¡Hombre! usted dispense.

El zorro se alejó con el rabo entre las piernas y renegando del leon.

—¡Parece mentira! exclamaba. ¡Qué desagradecido! Mientras mas encopetado es cualquiera, tanto mas intratable se hace. ¿Quién me metería en camisa de once varas? Esto es lo que saca el pobre que de buena voluntad quiere hacer un favor á quien se tiene en mucho.

Entre tanto, el leon ofendido, sacudió su melena, bostezó, y despues de refregarse el cuerpo contra el suelo, gruñó estas palabras:

—¡Vaya una franqueza! Venir á darme consejos ese pobre diablo. ¡Consejos á mí! ¡al primer animal del mundo!...

Así discurren hoy muchas personas.

El leon, olvidando la advertencia del zorro, volvió á su primitiva postura, y en breve rato quedó profundamente dormido.

Por desgracia, sucedió lo que el zorro había previsto. Una numerosa tropa de cazadores apareció en el monte, y poco despues penetraba en el valle. Al ruido de los perros y de las armas despertóse el leon. Quiso lanzarse sobre el cazador mas inmediato, pero una terrible descarga le hizo vacilar y caer bañado en su sangre.

El leon fue muerto, y ya moribundo, dijo para sí:

—Bien empleado me está lo que me sucede. Desprecie el consejo del zorro, por ser un miserable animalejo, y ahora, aunque tarde, comprendo que lo mismo puede favorecerme el poderoso que el infeliz.

AUGUSTO JEREZ PERCHET.

LONDRES.

(CONCLUSION.)

Además de los poetas que se hallan en aquel privilegiado sitio, hallamos aun en la abadía de Westminster algun nombre mas que haya sido celebrado por su pluma. Citaremos entre otros á Macpherson el traductor ó inventor de Ossian. Y téngase presente también que los mismos que han rechazado á Byron, han admitido á Garrick; así es que el cómico ha venido á conseguir lo que ha sido negado al poeta.

No acompañaremos ya al curioso á las ocho ó diez capillas mas que aun se enseñan, en las cuales se hallan los sepulcros de la mayor parte de los reyes y reinas de Inglaterra y de los grandes personajes políticos del reino, pues que solo nos sería dado hacer una enumeración tan incompleta como enojosa, que desde luego preferimos no emprender. Nadie hay que no conozca bien la pompa y la vanidad de todas esas señales de la muerte, con las cuales los grandes de la tierra tratan de consolarse del aniquilamiento que los invade.

De todas aquellas capillas, llenas de restos funerarios, la única que me parece deberá llamar la atención del viajero, es la cuarta ó sea la capilla del Abside, dedicada en otro tiempo á la Virgen, y á la cual, conforme ya dejamos dicho, lleva en el dia el nombre de capilla de Enrique VII. Súbese á ella por un tramo de doce escalones hasta que se encuentra una magnífica puerta de encina, cubierta toda de bronce esculpido y en la cual se observan un gran número de lemas ó divisas. Adviértese en primer lugar el enlace en una misma corona, de las rosas blancas de la casa de York y de las encarnadas de la casa de Lancaster. El aspecto general que presenta la capilla es sorprendente, pues parece materialmente imposible reunir tal número de objetos en un espacio tan reducido. Echanse de ver en toda la estension del muro las sillas y las banderas de los caballeros del Baño, así como se hallan en la capilla de Windsor las de los caballeros de la Jarretiera. Una especie de altar en que se ostenta la elicie del rey y de la reina, sirve de sepulcro á Enrique VII. Este sepulcro está hecho por el escultor italiano Torrigiano y quizá sea la obra de mas importancia de esta clase en toda Inglaterra; una verja de hierro de un lindo trabajo lo rodea además por completo. Los regios sepulcros son los que campean en aquella pequeña capilla. Los poetas, los artistas y las damas acuden en tropel al de María Estuardo, sobre el cual el escultor Cornelio Cure ha colocado la mas verdadera y conmovedora imagen que se conoce de la bella y desgraciada reina de Escocia. ¡Unos cuantos pasos mas allá, otro sepulcro nos muestra el anguloso y torvo rostro de aquella á quien los ingleses llaman la Virge

de Corazon de Leon, y Shakespeare la vestal del Occidente, la orgullosa hija de Enrique VIII, la reina Isabel! ¡Isabel y María Estuardo! ¡Una misma capilla guarda sus cenizas enemigas; su odio, sin duda alguna, ha venido á aminorarse con la muerte! Difícil nos será enumerar detalladamente todos los huéspedes que descansan bajo aquellas regias bóvedas, tales como la reina María de Inglaterra, Jacobo I, Carlos II, la reina Ana, Jorge II y la reina Carolina, advirtiéndole que se ha tenido cuidado de quitar á cada uno de estos dos últimos ataúdes la tabla que los dividía, y ambos esposos entremezclan en el día sus cenizas como en vida se veían unidas sus almas. Hay además un gran número de estatuas repartidas con arte y con gusto por todo el ámbito de la capilla; y en conjunto, aquella decoración monumental, en elegancia, en sencillez, en carácter, es quizá lo mejor que se encuentra en este género en toda la extensión de los tres reinos.

Otra de las capillas, que es la sesta que se encuentra, no ofrece por cierto menos interés al historiador que el que suministran las anteriores: ésta se halla situada precisamente á espaldas del altar mayor de la abadía, y es conocida por el nombre de capilla de Eduardo el Confesor ó Capilla de los Reyes. Su centro está ocupado por el sepulcro del piadoso monarca, incrustado todo de los mas ricos mosaicos y que data nada menos que del reinado de Enrique III. Al lado de aquel sepulcro que está considerado como la reliquia de un santo, se hallan de manifiesto las que lo son de la dignidad real ó sean dos sillones, los mismos que sirven hoy día para la coronación de los soberanos de Inglaterra. El mas antiguo de ellos contiene asegurada en su asiento con abrazaderas de metal, la famosa piedra de Scone, la cual tiene de longitud unas 26 pulgadas, 16 de anchura y 11 de grueso. Esta piedra que era sobre la que se sentaban los reyes de Escocia, fue traída de aquel país á Inglaterra por Eduardo I como trofeo de una conquista. El segundo asiento, que es mucho mas moderno, fue encargado para la coronación de la reina María, mujer de Guillermo III. La reja que divide el coro de la capilla de los reyes es de la época de Enrique VI, y por lo mas elevado de la cornisa corre un friso compuesto de catorce esculturas en bajo-relieve, las cuales representan los diversos acontecimientos de la vida del Confesor. Como tumba real citaremos la de Eduardo I, compuesta de cinco anchos tableros de mármol de Purbeck, en la cual se ostenta la siguiente inscripción:

«Edwardus Primus Scotorum Malleus Hic Est.»

En 1774 se procedió á abrir el féretro del santo, habiéndole encontrado en estado de la mas perfecta conservación, con su corona de estaño dorada sobre la cabeza, el cetro de cobre tambien dorado en su mano derecha, y en la izquierda el cetro y la paloma del mismo metal. A continuacion del sepulcro del Confesor están los de Leonor, esposa de Eduardo I, de Eduardo III, de Ricardo II, de Enrique V, de Ricardo III, de Eduardo IV y de Enrique VII, que fue el fundador de la capilla.

En cuanto se deja al guía y se sale de las capillas que rodean el coro, halláanse en la nave y en el piso bajo de la iglesia, los sepulcros mas ó menos monumentales de un gran número de ilustraciones de la Gran Bretaña, de aquellas que ocupan algun puesto en la historia del mundo. Vienen primero los hombres de Estado: Pitt, Fox, Grattan, Canning, Castlereagh, el almirante Vernon, lord Chatam, el Padre de Pitt, aquel que fue primer ministro á los veinte y dos años de edad y enemigo de la Francia toda su vida. Entre aquellos restos se encuentran tambien los de un matemático, Isaac Newton, el cual encontró la ley sublime de la gravitacion del mundo, á fuerza de pensar en ello siempre, segun sus propias expresiones.

Al lado precisamente de la abadía se distingue un lindo claustro, de arquitectura nor-

manda, bajo el cual los muertos, hacinados unos sobre otros, duermen su último sueño.

Estoy cansado de escribir: otro día continuaré las impresiones que ha producido en mi alma esta populosa ciudad, donde sus habitantes tienen, como dijo Fray Gerundio, el corazon en la bolsa, ó la bolsa en el corazon.» B.

EL CASTILLO DE MÁGALO.

(CONTINUACION.)

Imposible era resistir á los encantos que la naturaleza habia derramado sobre la hermosa castellana de Mágalo.

Su frente, noble y elevada, tenia la magestad y la belleza de la Vénus de Gnido.

Sus ojos, limpios y azules como el cielo de Fenicia, poseian como ningunos la mirada voluptuosa del amor.

Sus labios nacarados, un poco entreabiertos, parecian enviar eternamente un beso á sus amantes.

En su redonda barba destacábase un hoyuelo que parecia hecho por el dedo voluptuoso de Adonis.

Su cuerpo tenia la magestad de Dévora y las formas acabadas de Medea.

El arte griego solo hubiera deseado una cosa en Magdalena (4): trasformar la carne en mármol de Italia.

Entonces la hubieran adorado como á la madre de Eneas.

Todas las tardes Magdalena bajaba al jardin.

Sus doncellas estendian una riquísima alfombra de Persia al pie de un sicomoro corpulento, alrededor del cual colocaban cuatro braserillos de oro, y la mirra y el incienso perfumaban con sus tibias emanaciones el ambiente.

Magdalena sentábase bajo aquel verde dosel, con la cabeza lánguidamente apoyada en los mullidos almohadones de seda de las Galias con franja de oro, y el armonioso salterio sobre sus rodillas.

Entonces una de sus criadas abria la puerta del jardin comenzaba la corte del amor.

Magdalena, que repartia por igual sus ardientes miradas y sus amorosas sonrisas al verse rodeada de sus amigos íntimos, los cuales con las súplicas mas delicadas y las frases mas galantes le instaban á que les hiciera oír los encantos de su voz, y entonces cantaba alguna cantilena, enloqueciendo con la dulzura de su voz y la ardiente expresion de su semblante al auditorio.

Las flores y los hosanas llovian sobre aquella jóven, reina de la hermosura y del amor.

Magdalena entonces resplandecía de felicidad: parecia la reina Sara en medio de su corte.

Cuando demostraba hallarse fatigada, mandaba á sus doncellas que danzaran alrededor del árbol, y últimamente, seguida de su corte, se trasladaba á un sitio del jardin dedicado á los juegos de pelota.

Los romanos se habian saturado en las costumbres griegas, llevándolas luego por el mundo conquistado por sus legiones.

La juventud alegre de Palestina, los afeminados descendientes de los fuertes de Israel, los que transigian con el imperio impio (2), adoptaron las diversiones y las modas de los romanos, burlándose de las amenazas que los rabinos ó doctores de la ley les lanzaban desde las sinagogas.

Magdalena era en la época que vamos narrando, mas que una modesta hija de Israel, una patricia romana.

En sus jardines habia hecho construir el *Sphæristerium* (3) de los romanos, donde ju-

(1) Seguiremos dándole el nombre de Magdalena, pues por éste se la conoce mas generalmente en nuestros libros sagrados.

(2) Imperio romano.

(3) Espacio triangular que tenían los romanos en los jardines y casa de campo para jugar á la pelota y al volante.

gaba antes de tomar el baño con sus amigas y amigos á la *trigonal*, juego de pelota en que los jugadores formaban un triángulo, y tirándose la pelota unos á otros perdía el que la dejaba caer.

La torpeza cometida por una de las jóvenes, era satisfecha permitiendo que el venturoso doncel que habia tenido la suerte de haberle hecho perder, le besara la mano.

Magdalena, seguida de su corte, despues de la música y el baile, se encaminaba al *Sphæristerium*.

Allí, ansiosos los pretendientes de ganar el galardón establecido por la hermosa Magdalena, se valian de todos los recursos imaginables para hacerla perder el juego y besar aquella linda y suave mano tan codiciada.

Magdalena, ágil como una corza, flexible como una serpiente, con su penetrante mirada fija en el doncel que se disponia á enviarle la pelota ó el volante, defendía la codiciada presa, riendo como una loca cuando la casualidad le ponía en riesgo de perder.

Entonces el cansancio encendía con los hermosos colores de la rosa de los Alpes aquellas mejillas, su semblante, recordando nueva vida con la agitacion, resplandecía de un modo tan irascible, que era preciso, como la luz del sol, apartar de ella la mirada.

Magdalena empleaba el arte de agradar con una maestría sin ejemplo.

A veces, al ver venir hacia ella el volante, ocultaba las manos detrás de la espalda, dejándole caer sin oposicion alguna. Entonces se oía un grito de envidia, y el afortunado doncel se llegaba á Magdalena á recibir el galardón.

La hermosa castellana alargaba su mano, y mientras el feliz mancebo imprimía sus ardientes labios en aquella mano blanca y diminuta, solía decirle en voz baja:

—Tú no has ganado, pero besas, que es igual.

El sol se ocultaba, y con grande sentimiento de la reunion, Magdalena se despedía de sus amigos, y detrás del último convidado se cerraba la puerta del jardin.

El castillo de Mágalo, mudo, silencioso, rodeado de árboles seculares, se quedaba solo cuando la noche estendía sus sombras por Oriente.

Entonces cerrábanse todas las puertas, y algunos criados velaban desde la alta atalaya, porque esta fortaleza distaba como una hora de Cafarnaum.

Sin embargo, estas centinelas tenían una consigna de la señora, como se verá mas adelante.

III.

HIJO DEL TRUENO.

Magdalena, al quedarse sola, se encaminaba á la sala del baño, seguida de su doncella favorita, riéndose como una loca de la esperanza de su amante.

Al salir del baño se perfumaba el cabello con esencia de romero, y vistiéndose con un lujo deslumbrador se trasladaba á un pequeño camarín, en donde por todas partes resplandecía el lujo de los griegos.

En aquel camarín habia una pequeña mesa de mármol servida para cenar.

Una lámpara egipcia, en forma de esfinge, colocada al extremo de su pie de tres codos de alto, alumbraba la habitacion.

Cómodos divanes de seda azul rodeaban las paredes.

Un lecho de marfil y ébano cubierto con un *conoepo* (1) egipcio servía de pabellón á los mullidos almohadones de seda de color de granado.

Este camarín tenia una ventana que daba al campo.

La luna penetraba por ella, á tiempo que los perfumes embriagadores que exhalaban los pebeteros salía á su encuentro.

Magdalena, reclinada voluptuosamente en

(1) Mosquitero de seda.



Trajes de los judios en Argel.

su mullida cama, con la mirada fija en la ensambladura del artesonado lecho, parecia esperar algo.

Sin embargo, en aquel rostro encantador no se revelaba la impaciencia.

Asi trascurrieron dos horas.

La doncella inmóvil junto á la ventana; Magdalena recostada en su lecho.

Por fin se oyó al pie de la ventana ruido de pasos que se detenian.

Luego en el alto del castillo una voz que dijo:

—¡Guardad las flechas!

Esa palabra se repitió por tres veces, pero por una voz distinta que se iba perdiendo en el espacio.

Magdalena se incorporó, y una sonrisa de indefinible placer asomó á su hermosos labios.

La doncella, adelantando un paso hácia su señora, parecia esperar algo.

Magdalena la hizo una seña con la mano y fué á sentarse en el divan que se hallaba cerca de la ventana.

Poco despues oíase en el campo el sonido melodioso de una lira que tocaba un canto judío.

Aquellas notas, en medio del silencio de la noche, que subian á la ventana de Magdalena impregnadas con el perfume religioso de los campos, acompañadas de la tibia claridad de la luna, tenían una melancolía que llenaba de dulce vaguedad el aposento, levantando un eco amoroso en el fondo del alma.

Magdalena cerró sus hermosos ojos como si quisiera recoger mejor aquellas notas armoniosas, y murmuró en voz baja estas palabras:

—¡Ah Boanerges! Tú tocas la lira como Terpandro y Empedocles (1); pero yo tengo el fuego de Cleopatra en mis ojos y la seducción de Betbsabé en mis labios.

Apenas Magdalena habia terminado esas palabras, cuando la lira cesó por un momento, y una voz fresca y varonil cantó la estrofa siguiente:

(1) Cuenta la fábula que Terpandro, un día de sedición en Macedonia, se puso á tocar la lira en una plaza, y depusieron las armas los amotinados; y Empedocles, viendo en el campo á un hombre que iba á suicidarse colgándose de un árbol, se puso á tocar la lira oculto tras de una mata, y el hombre olvidó el siniestro pensamiento que allí le conducia acabando por abrazar al músico y decirle: No debemos abandonar este mundo que tú armonizas con ese instrumento que dió envidia á Orfeo.

Nací en la cumbre de una montaña
Vibrando el rayo devastador,
Crecí en el fondo de una cabaña,
Y hoy que soy hombre, muero de amor
Hijo del trueno me apellidarón,
Que en noche horrible vine á nacer,
Y unos bandidos alimentaron

A la cuitada que me dió el sér.

Mi pobre madre llora mis penas,
Y cuando quiere calmar mi mal,
Dice llorando: que por mis venas
Corre un torrente de sangre real.

Mas si no sales á la ventana
Perla de oriente, nítida flor,
Cabe tus muros verás mañana
Rota mi lira, muerto el cantor.

Apenas se estinguió el último acento del nocturno canto en el espacio, Magdalena hizo una seña á la doncella, y ésta, sacando de un pequeño armario practicado en el pedestal de una estatua de Adonis una escala de seda, la sujetó fuertemente á la ventana y la dejó caer luego á la parte exterior.

Despues miró á su ama.

—Véte, le dijo Magdalena.

La doncella obedeció.

Un momento despues entraba un hombre por la ventana.

Aquel hombre tendria á lo mas veinte y cinco años.

Era hermoso, aunque de facciones un poco afeminadas.

No tenia pelo de barba, y sus ojos oscuros miraban con una dulzura indefinibles.

Vestia un túnico corto hasta la rodilla, de una tela de lana oscura, sujeto á la cintura por un cinturón de correa.

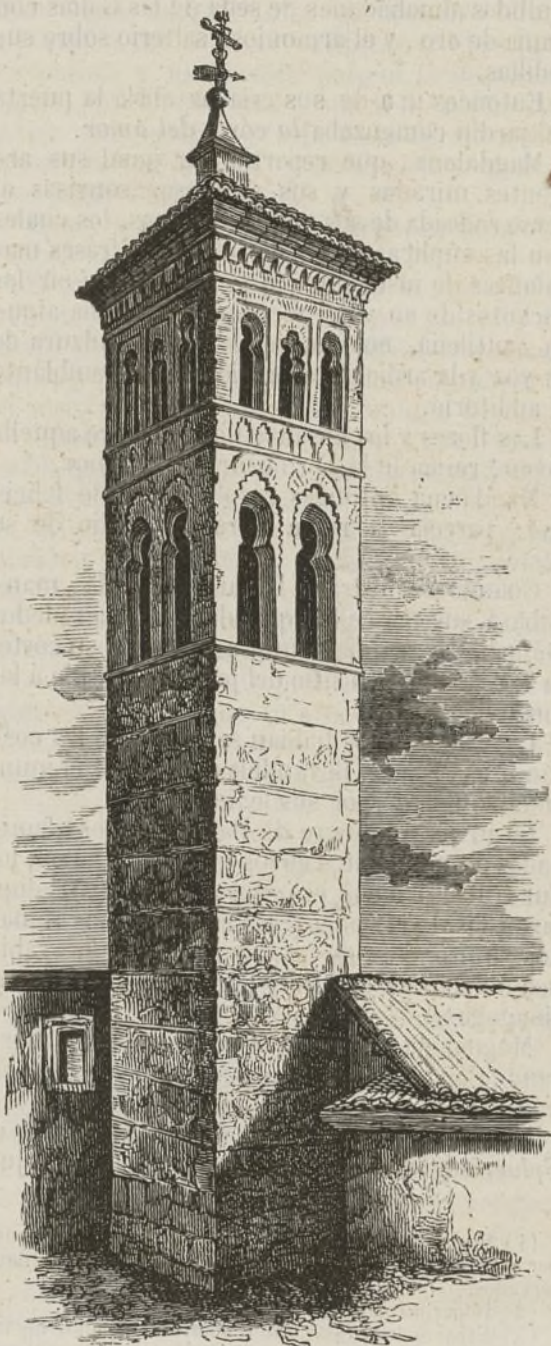
De este cinturón colgaban dos objetos: al costado izquierdo un ancho cuchillo de Damasco; al derecho una flauta pequeña, de metal, de tres agujeros.

Cuando saltó por la ventana, llevaba la cabeza descubierta, y en la mano un birrete de piel de zorra que terminaba en punta.

Por sus piernas se rollaban unas correas de piel de chibo, y sus pies calzaban unas sandalias bastante toscas.

Colgada en la espalda, como si fuera el carcaj de un cazador indio, llevaba una pequeña lira perfectamente colocada dentro de una funda de lienzo.

Este hombre, á quien llamaremos desde ahora Boanerges (1), era uno de esos hijos de la armonía, uno de esos cantores ambulantes que se alquilaban en los banquetes y los entierros, cuyas melodiosas tocatas servian lo mismo para el placer que para el dolor.



Torre de San Roman.

(1) Boanerges, hijo del trueno.

Cuando Boanerges saltó por la ventana, después de recoger la escalera que le había servido para trepar hasta la habitación, fué á arrojarse á los pies de Magdalena, y ésta, estendiendo una mano, dejó que el nocturno cantor imprimiera en ella un beso.

—Buenas noches, mi querido Boanerges, buenas noches, mi querido maestro, le dijo la señora de Magdalo con dulcísimo acento. ¡Oh! No era necesario que hubieras cantado la última estrofa amenazándome con tu muerte para que yo te abriera mi ventana. El dios de Jacob no permita que yo sea nunca la causa de la muerte del mejor tocador de lira de las doce tribus, de mi buen maestro: á quien el divino Apolo colocaría sin vacilar, si le oyera, el sistro con la cigarra en la mano y el ruiseñor en la cabeza.

Boanerges, que se había sentado á los pies de Magdalena, inclinó la cabeza en señal de agradecimiento por las frases lisonjeras que le tributaba, y besó por segunda vez la mano de la castellana que aún conservaba entre las suyas.

—Te doy las gracias, hermosa señora mía, dijo el cantor con una voz dulce como las notas de su lira; y te pido perdón por haber retrasado esta noche mi llegada.

—¡Oh! Esta noche has hecho vibrar la cuerda de tu lira como nunca.

—Creí encontrarte enojada.

—Y tal vez por eso has entonado el sombrío canto del *Hijo del trueno*, que tanta celebridad ha adquirido en Galilea.

—Ese canto es mi historia; lo que se siente se espresa con doble pasión.

—Los poetas sabeis arreglar perfectamente las palabras para que produzcan efecto.

—El que no siente no espresa, repuso Boanerges con entusiasmo; los libros de los rabinos no enseñan el sentimiento: el corazón es el único maestro que enseña á verter una lágrima: del dolor brota la fuente de la ternura. Mi cuna fue un gemido prolongado; mi vida un lamento interminable. Yo he visto eternamente las lágrimas en los ojos de la que



Don Esteban Illán.

me dió el ser, y he aprendido á llorar y á sufrir.

—Tétrico vienes esta noche, maestro. Por desgracia te has olvidado la poesía que te encargué de *La mujer pecadora*. ¿No es verdad que es un bello asunto para una canción? Las hipócritas mujeres de Galilea y de Judá me llaman la Pecadora... porque no cubro mi rostro con el velo de las vírgenes de Sion, porque mi mano no empuña la tosca rueca, y porque no me dedico todas las mañanas á amasar la torta de harina de flor... Yo desprecio el clamoreo de esas ranas del lago de Genezareth... que hablan de mí por envidia, y que la mas virtuosa de ellas, daría la mitad de sus días por imitarme.

—¿Qué le importa al águila el graznido de la corneja? Esclamó el cantor. El sol de tu hermosura les deslumbra: solo inspiran envidia los grandes. El gusano se arrastra y roe durante las horas de las tinieblas; esa es su constante ocupación. La magnolia alza al cielo su cáliz perfumado y se muestra con toda su belleza á la luz del día; el hisopo se oculta entre las empolvadas grietas de las ruinas, porque se avergüenza de sí mismo. El *thoucim* (1) ostenta con orgullo los hermosos colores con que le dota la naturaleza; el sol le agrada, porque pone de manifiesto sus encantos, ama y es amado, la lisonja le enorgullece, nunca oculta el fuego de sus pasiones, porque aborrece la hipocresía. El *bath-jaana* (2) busca las tinieblas y la soledad y devora en silencio la envidia que le come; en su pecho están agotadas las fuentes de la ternura y del amor; su existencia es tétrica y feroz: aborrece hasta sus hijos y los abandona. ¿Cómo no odiarte esas mujeres que ocultan su fealdad bajo el velo del mentido pudor, cuando tus labios le han robado el encendido color al *nophech* (3), y tus ojos resplandecen como *ephob* del sumo sacerdote! ¿Cómo no aborrecerte, cuando tienes el cuello esbelto como las palomas del Carmelo, y los suspiros de tu boca tienen el perfume de los cedros del Líbano!... Desprecia á esas pobres insensatas...

Tú eres la reina de las hermosas de Israel. En tu radiosa frente solo falta una corona. ¡Ay! ¡Si yo pudiera dártela!

—¡Oh! Veo que eres poeta en todo, hasta en tu ofrecimiento. Sin embargo, creo recordar una de las estrofas que me has cantado esta noche, en la que me decías que corría por tus venas sangre de reyes. ¿Es eso poesía ó historia?

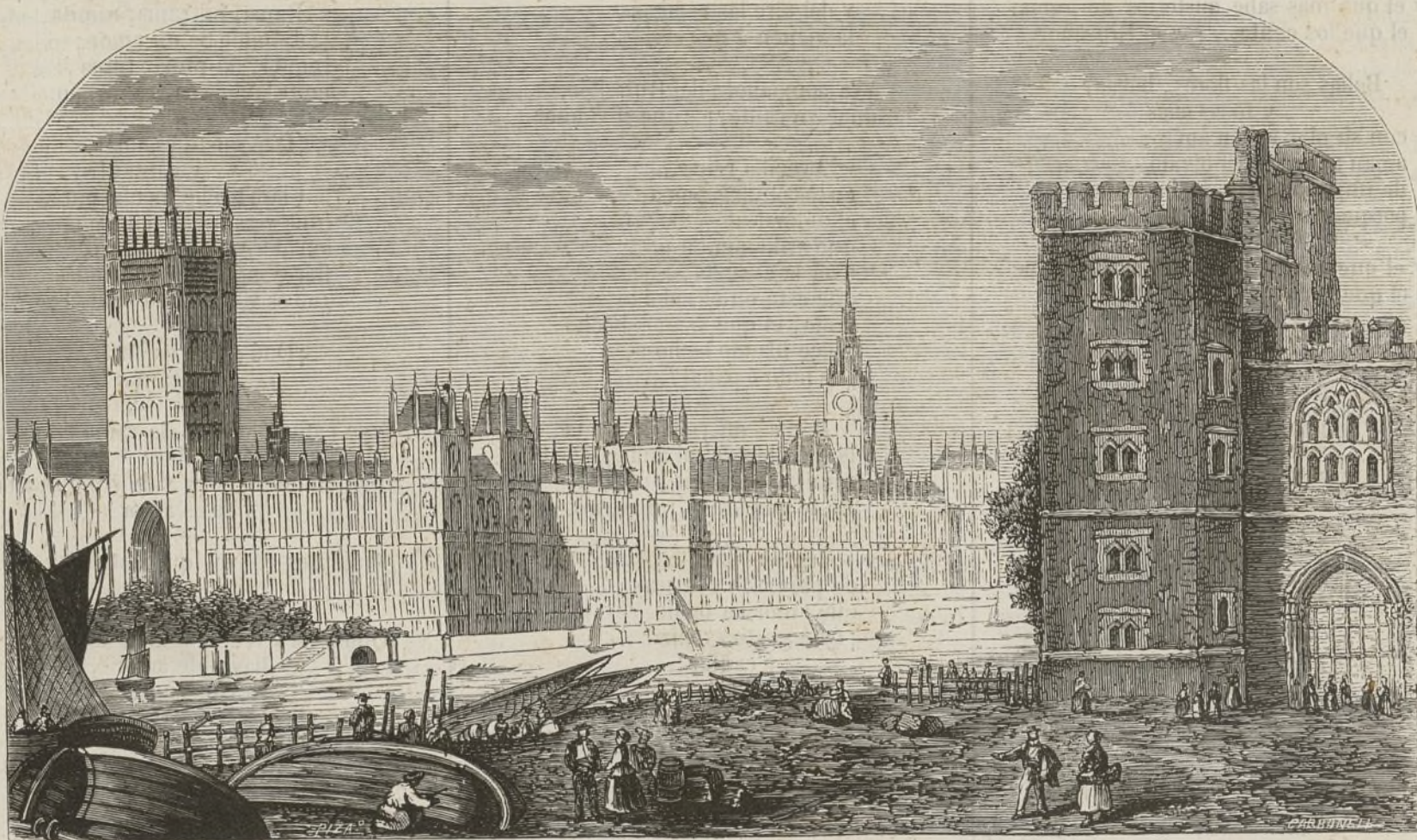
(1) Thoucin, pavo real.

(2) Bath-jaana, ave nocturna, feroz y tétrica, parecida al avestruz.

(3) Nophech, carbunco de color muy rojo que luce como el fuego.

(Se continuará.)

E. PEREZ ESCRICH.



LÓNDRES.—Palacio del Parlamento: (véase el número anterior).

LA TORRE DE SAN ROMAN.

Don Estéban Illan mandó edificar á sus espaldas en Toledo la iglesia de San Roman. Mas tarde, y muerto don Sancho, el pueblo deseaba que el jóven infante don Alonso, hijo de aquel, le gobernase; pero los parciales de don Fernando de Aragon que en la referida época mandaba, quitáronle de en medio privando al pueblo de su ansiado rey. Frecuentes cartas y embajadores recibia don Alonso á pesar de su corta edad, en las que se le prometia adhesion y deseo de que se pusiese al frente del reino; pero le era imposible volver á la antigua corte de su padre. El pueblo se desesperaba mas y mas, y ya los partidarios de don Fernando gloríábanse de su triunfo, cuando don Estéban Illan salió secretamente de la ciudad, y conduciendo, disfrazado, hasta la torre de San Roman al jóven don Alonso, colocó en aquella la bandera real y le presentó al pueblo. Esto promovió gran escitacon en todos los ánimos, y una tremenda lucha entre los partidarios enemigos, despues de la cual triunfó el hijo de don Sancho, y tuvo que retirarse á Huete don Fernando. El monarca dispensó luego grandes honores á don Estéban por el favor recibido, y los toledanos, como recompensa, tambien hicieron pintar á su muerte su imagen á caballo, imagen que existe en la catedral de Toledo. La anterior anecdota es la que dió celebridad, segun el padre Mariana, á la mencionada torre y á su piadoso fundador.

EL RUISEÑOR.

FANTASIA.

Noche, amiga noche
del pájaro músico
que canta mejor;
tiempo de quien ama,
ven, que ya te llama
mi dulce clamor.

Tu vuelo apresura,
ven clara, no oscura,
y envuelve horizontes
y valles y montes
en calma suavísima
y en tibio calor;
que el músico pájaro
canta así mejor.
Noche, ven; yo amo:
noche, yo te llamo...

Yo soy el que mas sabe misterios de amor:
yo soy el que los canta... soy el Ruisenior.

Bellas son las flores, bellas,
y todas ellas
con su olor saben amar:
aman; pero en el olvido
de un amor siempre dormido,
porque no saben cantar.

Yo soy el que mas sabe misterios de amor:
yo soy el que los canta... soy el Ruisenior.

Y la brisa,
que tan suave
y ligera
por do quiera
viene y va,
solo risa
fingir sabe,
y eso da;
pero nunca
como el ave
de los trinos
cantará.
¡No!... ¡no!
el músico
soy yo.
¡Yo!

Yo soy el que mas sabe misterios de amor:
yo soy el que los canta... soy el Ruisenior.

Ni lenguas del arroyo que va tan manso manso,
corriendo por ahí;

ni amores de la luna que brilla en su remanso,
cantar saben así.

Yo soy el que mas sabe misterios de amor:
yo soy el que los canta... soy el Ruisenior.

Ni cantarán las tórtolas
con tanto arrullo
mejor ni mas;
ni de las reinas águilas
la voz de orgullo
me deja atrás.

Yo soy el que mas sabe misterios de amor:
yo soy el que los canta... soy el Ruisenior.

Ni tú, el mas altivo, tampoco me igualas,
palabras teniendo, que no el Ruisenior;
ni cantas sin trinos, ni vuelas sin alas...
el hombre es amante; yo soy... el amor.

Nadie canta como canto,
ni canta tanto:
yo, en eternas armonías,
soy como un pájaro flor...
hojas son las alas mías
y mis cántigas olor.

Y en la noche bella,
como amor respiro
¡ay! por cada estrella
canto yo un suspiro.

Canto, canto en la enramada,
canto diciéndo á mi amada:
Ave compañera del Ruisenior,
amor yo canto, porque soy amor.

Como estrellas son sus ojos
de cristal;
sus alas, como manojos
de rosal.

Ave compañera del Ruisenior,
amor yo canto, porque soy amor.

Ella y yo lana y pluma
trajimos como espuma,
y en la mas bella rama
hicimos una cama
blanda como el placer...

El campo le da olores,
la luna respandores,
el Ruisenior amores,
y del aire las ráfagas
la vienen á mecer...

Ave compañera del Ruisenior,
amor yo canto, porque soy amor.

Avecilla reina,
cuyas plumas peina
el amor leal
que ardiendo en mí brilla,
ave, la avecilla,
que está en el nidal;
dime, el que hemos hecho
dulce blando lecho
¿es nido ó panal?...

Rama, mi rama, ramita,
la del nido de mi amor;
ramita, mi rama, rama,
no te quiebras, rama, no.

Junto al blando nido
de plumas y tamaras
que amor ha tejido
¡Qué gusto es amar...
y cantar!...

Duerma, duerma la que anida
en árbol del corazon:
amor es árbol querida,
y los hijos que amor cuida
las flores del árbol son.

Yo velaré, que no espanta
velada que de amor es;

ni cerraré la garganta,
porque cantando el que canta
vela mejor su interés.

Duerme, duerme, amada mia,
dando á los hijos calor:
si amor en amor confía,
duerme... de noche y de dia
vela por tí el Ruisenior.

Y mientras tu amor yo velo
no temas ningun azar;
que hasta la sierpe entra en celo
y anida mansa en el suelo,
oyéndome á mí cantar.

Ave compañera del Ruisenior,
amor yo canto, porque soy amor.

Entre sus alas cálidas,
que son hojas de flores,
latiendo están amores
de un amor sin igual;
Y al comprender las cántigas
de amor que nunca espira,
si no canta, suspira
de amor ya cada cual.

Pequeñuelos músicos, como el Ruisenior,
aprended mi lengua... mi lengua es la de amor.

¡No se duermen!... ¿Qué hacen?
¡Suspiran!... Y es que cuando
los que han de cantar nacen,
nacen amando.

Ya tienen vestido:
mañana ya el nido
en que están
hoy tan pequeñuelos,
á tímidos vuelos
dejarán;
mas luego á las anchuras de los cielos
irán cantando sin temor ni afan.

Pequeñuelos músicos, como el Ruisenior,
aprended mi lengua... mi lengua es la de amor.

Junto al blando nido
de plumas y tamaras
que amor ha tejido
¡qué gusto es amar...
y cantar!...

Rama, mi rama, ramita,
la del nido de mi amor;
ramita, mi rama, rama,
no te quiebras, rama, no.

¡Qué gusto es amar...
y cantar!...

Clara noche, noche pura,
luna y estrellas tambien,
amadores con ventura,
flores, agua que murmura...
¿no es verdad que canto bien?

¡Qué gusto es amar...
y cantar!...

Y yo cantando vivo de rama en rama,
pájaro flor:
amando que no hay vida si no se ama:
¡vida es amor!

¿Quién es el ave, que entre las aves,
canta mejor?...

El Ruisenior.

¿Quién de secretos tiene mas llaves,
llaves de amor?...

El Ruisenior.

¡Dejad que cante!
¡Yo soy el Ruisenior!

¡y el amante!

¡y el amor!

CECILIO NAVARRO.

TRAGES DE LOS JUDÍOS EN ARGEL.

El de los hombres tiene notable parecido con el de los moros: consta de un calzon hasta la rodilla, chupa y chaqueta, con mangas largas, bordada de seda ó de oro; pero estas chaquetas son siempre negras ó de un color oscuro; encima se ponen, cuando hace frío, un albornoz azul ó un capuchon, hecho como el de los moros. El cinturón que llevan los judíos, es siempre azul ó de color oscuro; les estaba prohibido llevarlos encarnados. Llevan como los mahometanos la barba larga y los cabellos rapados; pero en lugar de turbante no pueden llevar mas que un gorro azul de lana, alrededor del cual envuelven un pañuelo negro de seda ó de algodón.

El traje de las mujeres se compone de un vestido de lana negra ó azul, muy ancho, de mangas cortas, que baja hasta el suelo, y bajo el cual tienen una camisa blanca y un calzoncillo que llega hasta las rodillas, y que se atan sobre las caderas con una jareta: nunca llevan medias, ni van descalzas, sino sandalias de cuero ó tafilete en que apenas entran sus dedos, y que no tienen talón, así que las arrastran al andar; las judías llevan los cabellos tan largos como pueden, los levantan con cordones, y los envuelven en una pañoleta de seda, y el *sarmah*, gorro metálico de las moriscas. Llevan la cara descubierta; solamente cuando van á pasearse ó salen á la calle, echan sobre sus hombros, y por encima del *sarmah*, una gasa de lana blanca, que levantan con coquetería, cogiéndola con la mano izquierda para taparse media cara, y dejan en descubierto una parte de la nariz y los ojos que saben jugar con un arte particular.

PARA LA CARTERA DE MI AMIGO

DON ENRIQUE MIR HUESO.

Alejado de mi patria hacia tres años, dormía profundamente una noche de invierno en la celda de un convento, cuando de improviso fui trasportado á una ligera nave, que cruzando as olas de un mar en calma me acercaba á las costas de mi país natal. ¡Qué bello panorama se presentó á mi vista al pisar aquellas playas que encierran para mí las delicias de un Eden! Campos cubiertos de doradas mieses; árboles cargados de vistosos frutos; inmensidad de flores; casitas blancas esparcidas por aquellos jardines como bandadas de palomas, y mas lejos las lagunas sembradas de arroz. Un cielo trasparente y puro, un sol brillante, un aire embalsamado de azahar, de rosas y jazmines, toda la naturaleza ostentando sus mas vistosas galas en el benigno y suave clima de la sin par Valencia.

Desembarqué y anduve mucho tiempo sin saber á dónde, perdido entre los bosques de naranjos y morales, atajándome á cada instante el paso los canales de riego que se estenden en todas direcciones por aquella llanura interminable.

De pronto me encuentro en un sitio árido y solitario donde solo elevaban sus verdi-negras copas dos cipreses cual centinelas de aquella mansion. Era un cementerio. Al pie de aquellos árboles alzabase una tumba, y en su lápida estaba escrito el nombre de mi padre, cuyo sepulcro guardaba sus cenizas.

Acerqueme á la tumba con respeto, y oré fervorosamente por el alma del autor de mis dias.

Iba á alejarme conmovido de aquel sitio, cuando una voz severa gritó á mis espaldas: ¡hijo mio!—cuyo eco terrible llenó de pavor mi corazón. Caí de rodillas. Un espectro avanzando magestuoso acercóse y me dijo: ¡levanta, soy tu padre!—¡Padre mio! balbuceé con voz trémula y apagada, fijos mis pasmados ojos en aquella vision. Nada temas; yo vengo desde el cielo á velar por tu bien. Trascurridos los dias de tu infancia, vas á entrar en el

mundo, piélago inmenso donde suele naufragar la juventud. Sin guía en tu camino, tras goces efimeros y mentidos placeres que te deslumbrarán con sus encantos, arrastrarás una vida de desesperacion que te conducirá á una muerte pronta y terrible. Si por el contrario sujetas tus pasiones y abres solo tu alma á la esperanza de otra vida mejor, Dios que lee en el corazón de los mortales, te colmará de dicha y de ventura. No olvides nunca que el vicio es abominable á los ojos de Dios, y la virtud la senda de su gloria.

Abrió entonces los ojos despertando de mi profundo sueño, y súbito desapareció la vision. Dirigí una mirada anhelante en torno mio y me encontré en mi lecho rodeado de las cuatro paredes de la celda del convento, en donde pasé algunos años de mi niñez recibiendo la primera instruccion.

Desde aquel día sigo los consejos de mi padre querido, y ruego siempre al entregarme al sueño, por el descanso eterno de su alma.

SOBRE GUSTOS...

Nosotros, caro lector, tenemos gustos extravagantes; gracias que los disculpa el dicho vulgar que ya conoces. Hoy por hoy, y para que formes una idea de nuestras rarezas, vamos á indicarte solamente, de prisa y corriendo, nuestros gustos, ó llámalos caprichos, en cuanto se refiere al bello sexo. Por ellos conocerás cuán escéntricos somos y cuán dignos de lástima por nuestros gustos.

Figúrate, lector amigo, que nos gusta infinitamente mas una mujer buena que una mujer hermosa, ó lo que es lo mismo, que tenemos el anticuado y ridículo gusto de preferir la belleza del alma á la belleza del cuerpo.

Nos gustan las mujeres cuando niñas, sencillas y puras, repitiendo sobre las rodillas de sus madres las santas oraciones que estas les enseñaron con piadosa ternura. Nos gusta verlas alegres, con la alegría de la inocencia, que es la mas pura de las alegrías, correr á dar á un pobre ciego ó desvalido, la única moneda que recibieron el domingo de su padre. Nos gustan, el hermoso día de la primera comunión, con sus vestidos blancos como sus almas, postradas ante el altar para recibir á Aquel, á quien tanto placen la inocencia y la pureza.

Mas tarde, nos gustan modestas en el porte y en el vestido, sin haber perdido el bendito sello de la candidez de la infancia. Nos gusta entonces ver que se distinguen por su discrecion y recato, y no por su peligrosa desenvoltura, que agraden sin pretenderlo, y sobre todo, que no cifren en el lujo sus deseos y sus esperanzas; en una palabra, que sea la virtud la norma de sus acciones.

Mira, lector, si seremos caprichosos y raros en nuestros gustos, que nos agradan unos ojos que se bajan ó que miran tímida y dulcemente, y nos disgustan sobremanera los que miran fijos, demasiado vivos y atrevidos. Queremos que el amor en la mujer sea una virtud y no una pasión, dulce, delicado, purísimo y poético. Que la mujer lleve al matrimonio un corazón duro y virtuoso, y no la ciegue la vanidad con todo su aparato fastuoso.

Quisiéramos que las madres no abandonaran ni un solo momento á sus hijos durante la infancia, y sobre todo, desde que empiezan á sentir y á comprender. Que en esos primeros años de la vida grabaran en sus almas blandas como la cera, los mas puros sentimientos religiosos; que les enseñaran á mirar siempre la virtud como la fuente de todo bien, para que fuera el móvil de todas sus acciones, y que fueran en una palabra á semejanza suya, buenos y virtuosos.

Ya ves, carísimo lector, si somos raros y extravagantes, y eso que solo te hemos enumerado una parte muy pequeña de nuestros gustos, ¡cuánta no seria tu estrañeza si teniendo

tiempo y espacio, te los fuéramos contando uno por uno!

Pero por no abusar de tu estremada bondad, no queremos causarte hoy nuevos asombros. Por lo que llevamos dicho, juzga si te place, cuán pobres y rancios somos en nuestro modo de pensar, y qué de palos merecen nuestros rarísimos gustos.

CÁRLOS SANCHEZ PALACIO.

DELIRIO.

Amad: es la sola felicidad que hay en la vida.

JORGE SAND.

I.

¡Cuán bello es el ocaso del sol á la orilla del mar!

Allí sentado contemplo á lo lejos el horizonte azul que se confunde con el azul de las aguas:

Y las olas bramadoras que una á una se rompen al llegar al límite que el Hacedor les demarcara:

Y el cielo matizado de brillantes astros:

Y las navecillas con sus blancas velas que regresan al puerto como las palomas á su nido:

Y el ronco mugido de las olas que se confunde con el apacible ruido de la naturaleza:

Y las moles de piedra que magestuosamente se avanzan y reciben el incesante beso de las aguas que bañan sus cimientos.

¡Cuán hermosa, cuán poética, cuán grande es la creacion del Omnipotente!

Solo allí, al considerar su poder y mi pobreza, siento un placer en humillarme ante mi Señor, una santa alegría inunda mi alma y las ilusiones renacen en mi corazón como su único alimento.

Evoco los recuerdos de lo pasado y la felicidad de mis primeros dias se me aparece con toda su pureza: tiendo las alas al porvenir y veo brillar el astro de mis mas dulces esperanzas.

Y la esperanza es, segun Chateaubriand, una flor que nunca se marchita en nuestros corazones.

II.

¡El amor! ¡el amor! En la soledad es donde podemos dar expansion á los sentimientos, que cual tesoro de incalculable precio encierra nuestro corazón: sus latidos armonizan con el bramido de los vientos, nada turba nuestros pensamientos, ni la algazara de la sociedad, ni el impúdico cantar de las orgías y bacanales.

¡Cuán delicioso es pensar á la orilla del mar en el objeto de nuestras mas afectuosas impresiones!

La poesía del amor se une con la poesía de la naturaleza; la voz del corazón con la voz de los elementos.

Esta contemplacion nos eleva en delicioso éxtasis; nuestros sentidos, nuestra alma, nuestra vida, dejan el mundo de la realidad para perderse en el mundo de las ilusiones.

Un objeto, un solo objeto absorbe todo nuestro ser: este objeto es la mujer que amamos.

Correspondidos ó no, amados ó aborrecidos, este pensamiento nos embriaga de gozo purísimo; es para nosotros lo que el reposo al peregrino, lo que el agua al sediento: es, en una palabra, el bálsamo divino que rejuvenece nuestras almas.

III.

¡Cómo me place el mar! Sentado sobre la húmeda arena de la playa, veo entre las nubes un fantasma hechicero, un astro refulgente, un espíritu celeste.

Ese fantasma, astro ó espíritu es la mujer de mis pensamientos, la idealidad de mis ensueños, el ángel de mis esperanzas.

Sus ojos son dos soles que me abrasan, su



Dau.



Cebra.

boca, una fuente de dulcísimo néctar; su semblante, la imagen de los querubines.

¡Cuán hermosa es! Las estrellas que circundan su frente pierden el brillo de su resplandor, la luna palidece y sola ella inunda el mundo de una luz celestial.

Quiero volar hasta ella: pero... ¡inútiles esfuerzos!

Pido á las aves alas y las aves me las niegan; ruego al torbellino que me lleve, y el torbellino huye; invoco á los ángeles, y los ángeles parecen no oír mis súplicas.

¡Gran Dios! ¡Cuánto la amo! Si ella lo supiera; si supiera que su imagen preside á todas mis aspiraciones, ¡si supiera que mis pensamientos siempre son ella! ¡ah! ¡si lo supiera, no huiría la ingrata y bajaría hasta mí, ya que no puedo subir hasta ella!

IV.

¡Mundo ideal! ¡ilusiones irrealizables! ¡Ensueños vanos! Cae la venda de mis ojos; desaparece mi vision, y en vez de mi dicha soñada, hállome con la realidad fría y aterradora.

Fantasma, astro ó espíritu: mujer, estrellas, luna; nada existe ya: estoy solo; la mar plácida y el cielo sereno son los objetos que á mi vista se presentan.

Pero soy feliz porque conservo la pureza de mi amor, y con mi amor, mis esperanzas.

¡Bendito amor que truecas en paz nuestras tormentas, que conviertes en dulzura la amarga hiel de nuestro pecho y que nos das un cielo en medio de los sinsabores, que de continuo acibarán nuestros días!

Amor á Dios, amor á nuestros padres, á nuestras esposas y á nuestros hijos: ved ahí el único camino que puede conducirnos al paraíso de esta tierra, el solo instrumento que puede labrar la ventura en el valle de los desterrados.

ENRIQUE DE VILLARROYA.

mor leve, como si fuera el aliento de su sueño.

De entre sus aguas se alzaba lentamente la luna, triste como mi corazón.

Todo dormía, y mi alma suspiraba.

Llegó silencioso el sueño, tocó mi frente con su pálida mano, y quedé dormido.

II.

Y entonces ví un jóven solo, inmóvil como un pedestal, que miraba el azul del cielo.

Y vertían lágrimas sus ojos.

Y sentí que su alma era mi alma, y sus pensamientos también los míos.

La brisa del mar que los recogía cariñosa, los transportaba en sus puras alas murmurando el nombre de una mujer.

Y mi pensamiento siguió á aquella bienhechora brisa.

Y se estremeció mi alma de tristeza, y lloró mi corazón.

Los sentimientos de aquel jóven se perdían en el espacio, como el aroma de las flores.

Buscaban el cariño en el alma de una mujer, y ¡ay! aquella mujer los rechazaba.

Y entonces buscaron la amistad, y tampoco la encontraron.

Y no hallando dónde acogerse, subieron al cielo.

Y mi pensamiento volvió al lado del jóven, cuando iba á pronunciar el nombre de la mujer querida.

Y la luna, rasgando entonces las nubes que la ocultaban, selló sus labios con un rayo de luz.

Y el alma de la mujer que amaba, apareció allá en el cielo.

Y un ángel unió aquella alma, con otra que iba perdida llorando su orfandad.

Y sonrieron felices.

III.

Abrí los ojos, y todo había sido un sueño. Mas ¡ay! un sueño triste.

UN SUEÑO.

I.

Era una noche misteriosa y grata, como el primer pensamiento del primer amor.

Ni se agitaban las hojas de los árboles, ni se mecían sobre su tallo las flores.

El mar enviaba á la orilla un ru-

Ya la aurora anunciaba el nuevo día, y las aves despertaban.

Poco tiempo después, iluminaba el sol la tierra, las aves y las flores.

Todo era luz y vida.

Y mi alma siguió suspirando.

JUAN DE LA CRUZ ROVIRA.

HISTORIA NATURAL.

LA CEBRA Y EL DAU.

Estos dos animales, en cuya figura se advierte alguna semejanza, tienen sin embargo diferentes cualidades. La cebra es esbelta como el caballo y ligera como el ciervo. Su piel rayada en listas blancas y negras, pero dispuestas paralelamente unas de otras y con estraordinaria regularidad. Es menor que el caballo, y mayor que el asno, y habita en las tierras próximas al cabo de Buena-Esperanza. A pesar de verse en estos parajes caballos manchados en su piel de una manera análoga á la cebra, no se cree que su raza se cruce con la de aquellos. Hay una variedad en su especie, que aunque no tiene tan simétricamente colocadas las manchas de la piel, se presta mas á la domesticidad, y sirve para tirar de los carruajes, puesto que indudablemente son mas vigorosas que los caballos de la misma marca... El dau es mas pequeño que el asno, pero sus formas son mas ligeras y graciosas, las orejas mas cortas, las piernas y la cola blancas, y el dibujo de la piel como puede verse por el adjunto grabado. Habita en Africa en los sitios mas secos y solitarios: se alimenta de plantas crasas y es absolutamente imposible domesticarlo.

EPÍGRAMA.

Yo ví en P. rís un peinado
De tanta sublimidad,
Que llegó á hacer vecindad
Con el ala de un tejado.

Dos gatos que allí reñían,
Luego que el peinado vieron,
A reñir sobre él se fueron,
Y abajo no los sentían.

IGLESIAS.

Por todo lo no firmado J. GASPÁR.

Editor responsable: Fernando Gaspar.

ADVERTENCIA. Las suscripciones se hacen solo por un año ó por seis meses.—Las de año concluirán el último de febrero y las de seis meses á fin de agosto próximo.—Las reclamaciones por pérdida de un número, se atenderán solo durante los primeros 15 días después de su publicación.

PUNTOS DE SUSCRICION. MADRID: Librería de Gaspar y Roig, Príncipe, 4; de Matute, Carretas, 6; de Leocadio Lopez, Carmen, 29; de Cuesta, Carretas, 9; de San Martín, Victoria, 9; de Sanchez Rubio, Carretas, 31; Durán, Carrera de San Geronimo; Doehao, calle de Jacometrezo, 65, y en la Publicidad, pasaje de Matheu.
En Provincias, Etranjero y Américas en casa de los corresponsales de los editores Gaspar y Roig, donde se suscribe á la BIBLIOTECA ILUSTRADA, y mandando libranzas ó sellos de correos.

MADRID: Imp. de Gaspar y Roig.